poder y señorío de ellos, que dado caso que muchas gentes se habían rebelado y otras aún no estaban sujetas, fue después fácil de reducir a los más por bien, y a los que no querían los rendían por fuerza.

CAPÍTULO XLI. *De cómo el rey Nezahualcoyotl, viéndose en la posesión de su reino, comenzó a disponer las cosas de él con mucho concierto para su mayor conservación y guarda*

AS COSAS DEL REINO DE ACULHUACAN TETZCUCO no estaban por estos tiempos en aquella disposición y concierto que las había puesto el emperador Techotlala, abuelo de Nezahualcoyotl, porque con su muerte y trueque, que con ella huyó del gobierno, por haber entrado en él tiránicamente Tezozomoc, rey de Azcaputzalco, todo se había trocado y aun descaecido, en mucha parte, las buenas costumbres y leyes sanas con que vivían; por ser cosa cierta que la relajación de una buena costumbre no quiere muy gran puerta por donde entrar, que por cualquier resquicio cabe; y cuando el concierto de una república se conserva, por la vigilancia y cuidado de un rey, suele por la flojedad y descuido de otro, arruinarse; en especial si el que succede en el reino no es señor legítimo, que por esta razón muchas (y si no son todas, al menos las más) veces disimula, con todo lo malo que se hace, por sólo ganar los corazones de los vasallos, que lo son por fuerza; que esto puede la ambición, que lo que sin ella no se consintiera se consiente por el gusto de mandar y de ser rey. De manera, que por ser uno más que otro, hace cosas que otro no hiciera y tolera los males que debiera remediar, siendo el mando y el señorío para esto. Pero volviendo a nuestro intento, digo, que aquel buen orden y concierto del reino de Tetzcuco en que Techotlala lo había puesto no estaba como antes, porque demás de haber faltado, lo había trocado Tezozomoctli y regían la república gobernadores suyos y de su hijo Maxtla, que le sucedió en él; y por esto, luego que Nezahualcoyotl entró en la posesión y gobierno de él, trató de reducirle a sus buenos principios y a añadir cosas que le parecieron necesarias para su mejor gobierno. Puso en concierto los consejos y audiencias, dando los lugares y oficios de ellas a personas dignas de ellos. Dio a dos hermanos suyos, llamado el uno Quauhtlehuanitzin y el otro Ichantlatocatzin, el supremo (como en Castilla el que llamamos consejo real), a los cuales habían de venir todas las cosas graves y criminales para que ellos, con el rey, las determinasen. A otros cinco señores, que le habían ayudado en las guerras, hizo también de su consejo y les dio muchas y muy grandes preeminencias, dándoles autoridad para los despachos civiles de sus reinos.

Hizo una sala de congregación, donde se juntaban todos los poetas y hombres músicos (que lo eran mucho los de esta tierra), astrólogos y historiadores y de otras artes, donde conferían estas cosas con grande eminen-

cia; y para más autorizar esta sala hizo presidente de ella a un hijo suyo, llamado Xochiquetzaltzin. El consejo de guerra lo reformó y puso en él los hombres más valerosos que halló en sus reinos, así de los nobles como de los plebeyos, no atendiendo en esto tanto a la nobleza de la sangre, cuanto al valor de las personas, por ser esto lo más importante de la guerra. Nombró por presidente de su consejo a Acapipioltzin, también hijo suyo, que por la dignidad de su oficio le llamaban Tlacoxtecuhtli, hombre muy sabio y valeroso en las armas. Y asimismo asistía, en este consejo, uno de los trece grandes de los reinos de Tetzcuco que se decía Quetzalmamalitzin, señor de Teotihuacan, yerno suyo, que era el capitán general de sus reinos, aunque pocas veces salía a la guerra, si no era muy forzosa y donde el rey asistía; y por la dignidad de su oficio le llamaban Hueitlacochcalcatl. Puso consejo de hacienda donde se juntaban todos los mayordomos del rey y algunos mercaderes de los más cuantiosos de la ciudad a tratar de las haciendas y tributos reales; y presidía a este consejo un hijo del rey, llamado Hecahuehuetzin. Tenía, asimismo, repartida la ciudad en esta manera: que treinta y tantos oficios, que tenían los moradores de ella, estuviesen divididos y apartados y cada oficio se usase en barrios de por sí; de suerte que los que eran plateros de oro, habían de estar juntos y todos los de aquel barrio lo habían de ser y no se habían de mezclar otros con ellos; y los de plata en otro barrio; los pintores, en otro; los lapidarios, en otro; y desta manera iban distribuidos los demás oficios y oficiales en la ciudad, no entreverándose ni juntándose los unos con los otros; y para tener este prudente rey más abastecida su ciudad destas cosas, las fue trayendo de otras muchas y diversas partes. Hizo dentro y fuera de la ciudad grandes y sumptuosos edificios de casas, jardines y bosques, como hoy día se ven las ruinas de ellos, que todo era muy de ver.

Llegó desde este punto y con esta grandeza a quedar tan grave y endiosado Nezahualcoyotl, que ya le parecía caso de menos valer, y ajeno de la autoridad de un rey, que todos indiferente le hablasen; y por ganar más autoridad usó esta costumbre y mandó que no le hablasen sino por intérprete y por tercera persona, como esotro rey de Babilonia (de quien en otra parte decíamos), por lo cual, cuando alguno había de hablar al rey, se lo decía a uno de aquellos cinco señores dichos, o a todos juntos; y luego éstos lo decían a un enano y éste lo decía a Axayacatzin, un gran señor, y éste lo comunicaba con Quauhtlihuanitzin, que era del consejo supremo del rey, y según le parecía, mandaba entrar al negociante o mensajero o le despedía con respuesta. A toda esta grandeza llegó Nezahualcoyotl, aunque tan afable con todos, que a los señores los tenía por padres y a los comunes por muy verdaderos hijos, cuidando de su bien como pastor que vela sobre su rebaño y grey.

Puso para la cobranza de sus rentas tres mayordomos mayores que lo eran de su casa y mandó que hubiese en la ciudad real de Tetzcuco de todos géneros de oficiales, así como estaban derramados por el reino (como se ha dicho). Puso escuelas de su arte adivinatoria y manera falsa de astrología que usaban. Púsolas también de poesía, a que muchos eran muy dados,

porque en ella y en los cantares que hacían, referían todas las cosas memorables y casos sucedidos en las edades pasadas y presentes; y se cantaban en los areitos y bailes públicos y en ellos también decían las alabanzas con que engrandecían a sus reyes y personas dignas de memoria; para lo cual se esmeraban mucho en que el verso y el lenguaje fuese muy limado y grave.

Mandó luego edificar un grande y sumptuoso templo a su mayor dios, y otro muchos y buenos a otros de sus dioses. Comenzó a instituir y nombrar ministros para ellos, siguiendo la costumbre y usanza de sus padres (aunque no los chichimecas, que éstos no los tuvieron en mucho número, por decirse de ellos que sólo adoraban al sol, teniéndolo por padre; y si fuera con la inteligencia que dijo el Philósofo, que el sol y el hombre engendran al hombre, decían verdad, y a la luna teniéndola por madre; pero siguió a las otras gentes de quienes también procedía), y en orden de su falsa y mentirosa doctrina adoró muchos dioses, no porque los tenía por tales (como adelante diremos) sino por seguir el común de los otros que los adoraban, y les hizo templos y adornó sus casas; y esto fue con grandes ventajas en éste y en sus sucesores y eran muy mayores que los de Mexico (como en el libro de los templos hemos dicho),[1] a lo cual me remito.

CAPÍTULO XLII. *De la guerra que Itzcohualt hizo a los de Xuchimilco, acompañado de Nezahualcoyolt, y a los de Cuitlahuac y Quauhnahuac; y de su muerte*

EN ESTAS COSAS ESTABA OCUPADO NEZAHUALCOYOTL, y otras muy convenientes para la república, cuando vinieron mensajeros de Mexico, del rey Itzcohuatl, que en su nombre le pedían que mandase hacer gente, como él la tenía ya hecha, para ir sobre la ciudad y provincia de Xuchimilco para sujetarla (que estaba substraída con las cosas pasadas y no reconocían señor, más de los que en la república los gobernaban). Bien se echa de ver, por esto, el arriscado pecho del rey Itzcohuatl y las ganas que tenía de verse emperador de tantas naciones como su suerte tenía aparejada, queriendo mostrar en su ánimo la dicha grande que a los que no son legítimos de su nacimiento la naturaleza muchas veces les concede, que por secretos juicios acaece, que se contenta de dar a mayorazgos y herederos de grandes posesiones y rentas, sólo aquel bien de haberlo heredado de otros, sin poner de su parte más de su persona y los merecimientos de sus antepasados, de los cuales lo han ido heredando sin derramamiento de sangre propria, ni con inteligencia de astucia humana, y a estos tales acontece muchas veces que les basta, para su estimación y honra, verse hijos legítimos de tales padres y en la posesión de tantas y tales rentas; pero a los que carecen deste favor natural y que por algún caso adverso son hijos de sus mismos padres, habidos por modos ilícitos y bastardos o naturales, como

[1] Torquemada. lib. 3